

que constituyen de cualesquier modo que sean desde el punto de vista de la conciencia, y sea el que sea el nombre con que la ilusión metafísica ó literaria los vista, estarán sometidos á idéntica condición.

NOTA I

LA ADQUISICIÓN DEL LENGUAJE EN LOS NIÑOS Y EN LA ESPECIE HUMANA

§ 1.—Adquisición del lenguaje por los niños.

I.—Las siguientes observaciones están hechas á medida que se efectuaban y redactadas en el acto. El sujeto es una niña cuyo desarrollo ha sido ordinario, ni precóz, ni tardío.

...Desde la primera hora, probablemente por acción refleja, gritaba incesantemente, bullendo, meneando todos sus miembros y quizás todos sus músculos. Durante la primera semana, sin duda también por acción refleja, movía los dedos y aún apretaba durante largo tiempo el índice que se le daba. Hacia el tercer mes, comenzó á tentar con sus manos, á avanzar sus brazos; pero no sabía todavía dirigir su mano, palpaba y se movía vagamente; ensayaba los movimientos de los miembros anteriores y las sensaciones táctiles y musculares á que dan lugar; nada más. En mi opinión, de esta enorme multitud de movimientos perpetuamente ensayados es de donde se desprenden por selección gradual los

movimientos intencionales que tienen un fin y que alcanzan este fin.—Quince días después (á los dos meses y medio) comprobé en ella uno visiblemente adquirido: al oír la voz de su abuela volvía la cabeza del lado de donde venía la voz.

El mismo aprendizaje espontáneo para los gritos que para los movimientos; el progreso del órgano vocal se opera como el de los miembros; el niño aprende á emitir tal ó cual sonido, como aprende á volver la cabeza ó los ojos, es decir, por tanteos y ensayos perpetuos.

Hacia el tercer mes y medio, en el campo, se la ponía al aire libre sobre una alfombra en el jardín; allí, acostada sobre la espalda ó sobre el vientre, durante horas enteras agitaba los cuatro miembros y lanzaba una cantidad de gritos y exclamaciones variadas, pero nada más que vocales, ninguna consonante; esto duró así varios meses.

Por grados, á las vocales se añadieron consonantes y las exclamaciones llegaron á ser cada vez más articuladas. Acabando todo esto por componer una especie de gorjeo muy diversificado y completo que duraba sin interrupción un cuarto de hora y que se repetía diez veces cada día. Los sonidos (vocales y consonantes) en un principio muy vagos y difíciles de notar, fueron aproximándose cada vez más á los que nosotros pronunciamos y la serie de gritos sencillos llegó á ser casi semejante á lo que es para nuestros oídos una lengua extranjera que no comprendemos.—Se complacía en sus gorgoritos como un pájaro; se la veía dichosa y sonreír de placer; pero esto no era aún más que el gorjeo de un pájaro, porque no unía ningún sentido á los sonidos que

emitía. No había adquirido más que el material del lenguaje (doce meses).

Lo adquirió en gran parte por sí misma y completamente sola, y en una pequeña parte, gracias á la ayuda de otro y por imitación. En un principio hacía *m m* espontáneamente soplando con ruido, los labios cerrados; esto la divertía y era para ella un descubrimiento. Lo mismo le sucedió con otro sonido *Kraaau*, pronunciado de garganta en guturales profundas; he aquí la parte de invención personal, accidental y pasajera. Se repitieron delante de ella estos dos ruidos varias veces; los escuchó atentamente y ahora vuelve á repetirlos al momento que los oye.—La misma observación para el sonido *papa papa* que dijo al principio varias veces por casualidad y por sí misma, que se le repitió cien veces para fijarlo en su memoria y que acabó por decir voluntariamente, con una ejecución fácil y segura (siempre sin comprender su sentido) como un simple gorjeo agradable de hacer.—En suma, el ejemplo y la educación no han servido casi más que para llamar su atención sobre los sonidos que ya bosquejaba ó encontraba por sí misma, para provocar su repetición ó su perfección, para dirigir de esa parte su preferencia, para hacerlos desaparecer ó subsistir en la multitud de otros sonidos semejantes. Pero toda la iniciativa le pertenecía. Lo mismo acontecía con los gestos. Durante varios meses ensayó espontáneamente todos los movimientos de los brazos, la flexión de la mano sobre la muñeca, la aproximación de las manos, etc.; después, por enseñanza y tanteos, llegó á chocar las manos una contra otra, como se le había enseñado diciendo *bravo*, á volver regular-

mente las manos como se le había enseñado cantando *au bois*, *Juliette*, etc. El ejemplo, la enseñanza, la educación no son más que los canales que dirigen; la fuente viene de más alto.

Para convencerse de ello, bastaba con escuchar durante una hora sus gorjeos eran de una flexibilidad asombrosa; estoy persuadido de que todos los matices de la emoción, asombro, alegría, contrariedad, tristeza, se traducían allí en variedades de tono. En esto, igualaba y aun sobrepasaba á una persona adulta. Si la comparo á los animales, aún á los mejor dotados en este sentido (perro, papagayo, pájaros cantores) encuentro que con una gamma de sonidos menos extensa, los sobrepasa con mucho, por la finura y abundancia de sus entonaciones expresivas. Delicadeza de impresión y de expresión, tal es en efecto, entre los animales, el carácter que les distingue del hombre, y, como se vé, tal es en él la fuente del lenguaje y de las ideas generales; es, entre ellos, lo que sería un poeta grande y fino, Heine ó Shakespeare, entre obreros y patanes. En pocas palabras, es sensible á una multitud de matices, mejor dicho á un orden de matices que se le escapan. Esto se advierte también en la especie y grado de su curiosidad. Cada cual puede notar que á partir del quinto ó sexto mes, durante dos años y aún más, los niños emplean su tiempo en hacer experimentos de física. Ningún animal, ni aun el gato ó el perro hace este estudio continuo de todos los cuerpos que están á su alcance; todo el día, la niña de que hablo (doce meses) tiente, palpa, vuelve, tira, gusta, experimenta, lo que cabe bajo su mano; cualquiera que sea el objeto, pelota, muñeca, chupador, juguete, una vez que

le conoce suficientemente, lo deja, no encuentra en él nada nuevo, no tiene nada que aprender, no le interesa ya. Curiosidad pura; la necesidad física, la golosina no existe para nada; parece que ya, en su cerebro, cada grupo de percepciones tiende á completarse, como en el cerebro de un niño que se sirve del lenguaje.

No pronuncia todavía palabra alguna á la que se refiera un sentido; pero posee dos ó tres palabras á las que une un sentido cuando se le pronuncian. — Vé todos los días á su abuelo, del que se le ha enseñado con frecuencia un retrato al carbón, mucho más pequeño, pero muy parecido. Desde hacía dos meses, próximamente (á los diez meses), cuando se le decía con viveza: «¿Dónde está el abuelo?», se volvía hacia este retrato y se reía. Delante del de su abuela, menos parecido, ningún gesto semejante, ningún signo de inteligencia. Desde un mes (once meses), cuando se le preguntaba: «¿Dónde está mamá?», se volvía hacia su madre, lo mismo sucedía con su padre. — No me atrevería á afirmar que estas tres acciones exceden á la inteligencia animal. Un perrito que tenemos comprende en el mismo grado cuando se le grita la palabra *azúcar*; viene desde el final del jardín para atrapar su terrón; no hay en ello más que una asociación, para el perro entre un sonido y tal sensación, para el niño entre un sonido y la forma percibida de la cara de un individuo. El objeto designado por el sonido no tiene todavía un carácter general; sin embargo, creo que lo consiguió á los doce meses; he aquí el hecho decisivo á mi parecer. Este invierno, se la llevaba todos los días á casa de su abuela que la enseñaba con

frecuencia una copia pintada de un cuadro de Luni en que hay un Niño Jesús desnudo; se le dijo, enseñándole el cuadro: «Mira el bebé». Ocho días después, cuando en otro cuarto, en otro departamento, se le decía, hablando de ella misma: «¿Dónde está el bebé?», se volvía hacia los cuadros, hacia los grabados, fuesen los que fuesen. *Bebé* significaba, pues, para ella alguna cosa general, lo que tienen de común todos estos cuadros y grabados de figuras y paisajes, es decir, si no estoy equivocado, *algo chillón en un marco brillante*. Porque, claro está, los objetos pintados ó dibujados en el interior de los marcos eran griego para ella; por el contrario, el marco brillante, luminoso, que encierra en su interior un mamarracho, debía impresionarle singularmente. He aquí, pues su primer palabra general: la significación que le daba no es la que nosotros le damos; no es apropiada más que para demostrar el trabajo original de la inteligencia infantil, porque si nosotros hemos suministrado la palabra, no hemos suministrado el sentido; el carácter general que queremos hacer percibir al niño no es el que él ha percibido; ha percibido otro, apropiado á su estado mental y para el cual hoy no tenemos nombre preciso.

Catorce meses y tres semanas.—Las adquisiciones de las seis semanas últimas han sido notables; además de la palabra *bebé* comprende varias otras y hay cinco ó seis que pronuncia atribuyéndolas un sentido. Al gorjeo puro que no era sino una serie de gestos vocales ha sucedido un comienzo de lenguaje intencional y determinado. Las principales palabras que pronuncia hoy son: *papa*, *mama*, *tété* (nodriza), *oua*, *oua* (perro), *koko* (pollo, gallo), *dada* (caballo, coche), *mia*

(minino, gato), *kaka* y *tem*; las dos primeras fueron *papa* y *tem*, esta última muy curiosa y digna de toda la atención del observador.

Papa lo pronunció durante más de quince días, sin intención sin significación, como un simple gorgorito, como una articulación fácil y divertida. Más tarde fué cuando precisó la asociación entre el nombre y la imagen ó percepción del objeto y cuando la imagen ó percepción del padre llamó á sus labios el sonido *papa*, sonido que pronunciado por otro evocó en ella, definitiva y regularmente el recuerdo, la imagen, la atención, la investigación de su padre. Entre estos dos estados hubo una transición insensible, difícil de distinguir; el primer estado subsiste aún en ciertas ocasiones, aunque el segundo esté ya asentado; á veces juega todavía con el sonido, aunque no comprende el sentido.—Esto se vé muy fácilmente con otras palabras ulteriores, por ejemplo, con la palabra *kaka*; la repite aún con frecuencia fuera de lugar, sin intención, al modo de gorgorito, diez veces seguidas, con gran disgusto de su madre, como un gesto vocal interesante, para ejercitar una facultad nueva; pero también con frecuencia la dice con intención, cuando tiene necesidad, además, claro está, ha cambiado ó ensanchado el sentido, así como para la palabra *bebé*; ayer en el jardín viendo dos sitios pequeñitos húmedos, dos regueras sobre la arena, ha repetido su palabra con un sentido visible é intencionado; ella designa con esta palabra *lo que moja*.

Gran facilidad para las entonaciones imitativas.—Ha visto y oído las gallinas y repite *koko* con mucha más exactitud que nosotros, con la entonación gutural de los mismos animales. Esta no

es más que una facultad de la garganta; tiene otra mucho más notable que es el don humano por excelencia y que se manifiesta en veinte formas; quiero hablar de la aptitud de apoderarse de las analogías; en esto está la fuente de las ideas generales y del lenguaje. Se le enseñaron en las paredes de un cuarto pájaros pintados, rojos y azules, de dos pulgadas de largo y se le dijo una sola vez al enseñárselos: «Mira *kokos*». Inmediatamente notó el parecido; durante medio día su más vivo placer fué que le llevaran á todo lo largo de las paredes; diciendo con entusiasmo á cada nuevo pájaro: «¡*Koko!*»—Nunca un perro, un loro, haría otro tanto; en mi opinión, esto puede servir para encontrar la esencia del lenguaje.—Igual facilidad para otras analogías. Vió primero un perro negro de la casa, y que ladra con frecuencia; de él fué de quien aprendió la palabra *oua oua*. La aplicó muy rápidamente y con muy poca ayuda á los perros de cualquier talla y de cualquier especie que veía en la calle, después, cosa más notable aún, á los perros de porcelana bronceada colocados al pie de la escalera. Más aún, antes de ayer, al ver un cabrito de un mes que balaba, dijo: *oua-oua*, llamándole como al perro, que es la forma más cercana, y no como al caballo que es demasiado grande, ó como al gato que tiene otro modo de andar distinto (1).—He aquí el rasgo distintivo del hombre; dos percepciones suce-

(1) «Cuando los romanos vieron por primera vez elefantes, los llamaron *toros de Lucania*. De mismo modo las tribus salvajes que nunca habían visto caballos los llamaban *cerdos grandes*.»

(*Lectures on M. Darwin's philosophy of language* by Max Müller, pág. 48 1873).

sivas muy distintas dejan también un residuo común que es una impresión, una sollicitación, un impulso distinto cuyo efecto final es tal expresión inventada ó sugerida, es decir, tal gesto, tal grito, tal articulación, tal nombre.

Llego á la palabra *tem*, una de las más notables y una de las primeras que pronunció. Todas las demás son, probablemente, atributivas (1), por lo que á los que estaban á su lado no les costó trabajo comprenderlas; esta es, probablemente, una demostrativa, y como no tienen nada con que traducirla, les fué necesario varias semanas para aclarar su sentido.

Al principio, y durante más de quince días, la niña pronunció esta palabra *tem* como la palabra *papa*, sin darle un sentido preciso, al modo de un simple gorgorito; ejecutaba una articulación dental terminada por una articulación labial, y esto le gustaba. Poco á poco, esta palabra se asoció á una intención distinta; hoy significa para ella: *dá, toma, mira, hélo aquí*; en efecto, la pronunciación muy claramente varias veces seguidas, con insistencia, tanto para tener un objeto nuevo que vé, tanto para obligarnos á cogerlo, tanto para llamar sobre él nuestra atención. Todos estos sentidos están reunidos en la palabra *tem*. Quizás venga de la palabra *tiens*, que se emplea con frecuencia con ella y en un sentido bastante aproximado. Pero me parece que más bien es una palabra creada por ella y espontáneamente forjada, una articulación simpática que

(1) Max Müller, *Lectures on the science of language*, 6.^a edic., t. I., lectura 7.^a, pág. 309; «Las raíces de una lengua son en número de 400 ó 500 y se dividen en dos grupos, unas atributivas, las otras demostrativas.»

ella misma ha encontrado que concuerda con otra intención determinada y distinta, y que, por consiguiente, se asocia á sus principales intenciones determinadas y distintas, las cuales son hoy deseos de tomar, de tener, de hacer tomar, de fijar su mirada ó la de otro. En este caso es un gesto vocal natural no aprendido, á la vez imperativo y demostrativo, puesto que expresa á un tiempo el mandato y la presencia del objeto sobre el que se dirige el mandato; la dental *t* y la labial *m* reunidas en un sonido breve, seco, súbitamente apagado, corresponden perfectamente, sin convención y por su propia naturaleza, á este sobresalto de atención, á este surgir brusco y puro de la voluntad.—Lo que hace que sea probable este origen es que otras palabras ulteriores, y de que se hablará inmediatamente, son visiblemente obra, no de la imitación, sino de la invención... (1).

Del décimo quinto al décimo séptimo mes.—Grandes progresos. Ha aprendido á andar y aun á correr; se mantiene firme sobre sus piernecitas. Se la ve adquirir todos los días ideas y que comprende muchas frases, por ejemplo: «Tráeme la pelota. Haz *dudu* á esa Señora (acariciar con la mano y tocar el carrillo). Sube á las piernas de papa. Bájate. Ven aquí, etc.»—Comienza á distinguir el tono incomodado del tono satisfactorio,

(1) El niño de un vecino, de veinte meses, tiene un vocabulario de siete palabras, y entre ellas la palabra *Ca* y *est*, bastante análoga á la palabra *tem* ó intraducible como esta en nuestro lenguaje; porque la emplea á cada paso para decir *hé aquí, lo tengo, está hecho, vino,* etcétera, designando con esto toda terminación de acción y de efecto.

cesa de hacer lo que se le prohíbe con una mirada y una voz severas; tiene espontáneamente y con frecuencia ganas de que la besen; para ello presenta la frente y dice con una voz mimosa *papa* ó *maman*.—Pero no ha aprendido ó inventado más que muy pocas palabras nuevas. Las principales son: *Pa* (Pablo), *Babert* (Gilberto), *bébé* (niño), *bééé* (la cabra), *cola* (chocolate), *oua-ua* (cosa buena de comer), *ham* (comer, yo quiero comer).—Hay otras bastante numerosas que comprende, pero que no pronuncia, por ejemplo: «Abuelo, abuela»; sus órganos vocales, demasiado poco ejercitados, no reproducen todavía todos los sonidos que conoce y á los cuales une una significación.

Cola (chocolate) es una de las primeras golosinas que se le han dado; el bombón es lo que prefiere. Todos los días vá á casa de su abuela que le dá una pastilla; sabe muy bien reconocer la caja, insistir mostrándola con el dedo para que la abran. Ella misma, sin nosotros, ó más bien, apesar nuestro, ha comprendido el sentido de esta palabra; en este momento la aplica á todas las golosinas; dice *cola* cuando se le dá azúcar, tarta, uvas, melocotón, higos (1). Se han visto ya varios ejemplos de esta generalización espontánea; aquí es fácil, porque el sabor del chocolate, de la uva, del melocotón, etc., coinciden en que, siendo todos agradables, provocan

(1) Del mismo modo, el niño de veinte meses citado antes dice *téterre* (patata) para designar las patatas, la carne, las judías, casi todo lo que es bueno de comer, salvo la leche, para la cual dice *lolo*. Quizás para él *téterre* signifique todo lo que, siendo sólido ó medio sólido, es bueno de comer.

el mismo deseo, el de experimentar una vez más la sensación agradable; pues un deseo, un impulso tan distinto, termina sin dificultad en una postura de cabeza, en un gesto de la mano, en una expresión, por consiguiente, en un nombre.

Bébé.—Hemos visto la significación singular que daba primero á esta palabra; poco á poco, por efecto de la educación se fué acercando al sentido ordinario. Se le enseñaron otros niños diciéndole *bébé*; se le llamó á ella misma con este nombre; ahora responde á él. Además, poniéndola delante de un espejo muy bajo y mostrándole su figura reflejada se le dijo: «*Este es el bébé*». Ahora va completamente sola delante del espejo y dice *bébé*, riendo cuando se ve en él.—Partiendo de aquí, ha extendido el sentido de la palabra; llama *bébés* á todas las figuritas, por ejemplo, á las estatuas de yeso de tamaño mediano que están en la escalera, á las figuras de hombres y mujeres de los cuadros pequeños y de las estampas.—También esta vez la educación produce un efecto sobre el que no se contaba; el carácter general escogido por el niño no es el que nosotros queríamos hacerle escoger; nosotros le habíamos enseñado el sonido y él inventó el sentido.

Ham (comer, yo quiero comer).—Aquí todo está creado, el sonido y el sentido. Este sonido apareció al décimo cuarto mes; durante varias semanas, no le consideré más que como un balbuceo. Al final, ví que se producía, sin faltar nunca, á la vista del alimento. Ahora el niño no deja nunca de proferirla cuando tiene hambre ó sed, tanto más porque ha visto que la comprendemos, y que por esta articulación obtiene de beber y comer. Cuando se le escucha con aten-

ción y cuando se trata de reproducirlo por sí mismo se vé que es el gesto vocal natural de alguien que engulle algo; comienza por una aspiración gutural cercana á un ladrido y acaba por la oclusión de los labios ejecutada como si el alimento estuviera ya cogido y engullido; un hombre no haría de otro modo si entre salvajes, con las manos atadas y no teniendo para expresarse más que sus órganos vocales, quisiese decir que tenía ganas de comer.—Poco á poco, la intensidad y la singularidad de la pronunciación primitiva se han atenuado; le habíamos repetido su palabra, pero suavizándola; á causa de esto, la porción gutural y labial ha dejado de predominar en ella; la vocal intermedia ha tomado el lugar más importante; en lugar de *hamm* es *am*; y ahora ordinariamente nos servimos de esta palabra como ella; la originalidad, la inventiva es tan viva en el niño, que al paso que él aprende de nosotros nuestra lengua, nosotros aprendemos de él la suya.

Oua-oua.—Apenas hace tres semanas, (fin del décimo sexto mes), que pronuncia esta palabra en el sentido de cosa buena para comer. Hemos tardado algún tiempo en comprenderlo, porque la empleaba hace mucho tiempo y la emplea todavía también en el sentido de perro. Ni un ladrido en la calle deja de evocar en ella esta palabra en el sentido de perro y con el placer vivo de un descubrimiento. En el nuevo sentido, el sonido ha oscilado entre *vava* y *oua oua*, para fijarse ahora en *oua-oua*. Probablemente el sonido que yo escribo *oua-oua* es doble para ella, según la doble significación que le atribuye; pero mi oído no puede percibir esta diferencia; los sentidos de los niños, mucho menos desgastados que los nues-

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS
"MARTÍN DE VEYAS"
año 1962

tros, perciben medias tintas delicadas que nosotros no distinguimos. Sea lo que quiera, en la mesa, á la vista de un manjar que desea, dice muchas veces seguidas *oua-oua*; también dice la misma palabra cuando, después de haber comido, quiere comer más; pero siempre es delante de algún manjar y para designar algo comestible. En esto la palabra se distingue de *am*, que no emplea más que para designar su gana de comer, sin especificar la cosa comestible. Así cuando en el jardín oye tocar la campana del comedor, dice *am* y no *oua-oua*; por el contrario, en la mesa, delante de una chuleta, dice *oua-oua* y muy pocas veces *am*.

Por otra parte, la palabra *tem* (dame, toma, mira) de que ya he hablado, ha caído en desuso hace dos meses; ya no la dice ni veo que la haya reemplazado por otra. La causa de ello es, sin duda que no hemos querido aprenderla; no correspondía á ninguna de nuestras ideas, porque reunía tres de ellas muy diferentes; no nos hemos servido de ella; en consecuencia ella también ha dejado de hacerlo.

Si se resumen los hechos que acabo de contar se llega á las conclusiones siguientes: á los observadores toca contrastarlas con observaciones hechas sobre otros niños:

El niño grita y emplea su órgano vocal originariamente de la misma manera que los miembros, espontáneamente, y por acción refleja.—Espontáneamente, y por placer de obrar ejercita enseguida su órgano vocal del mismo modo que los miembros, y adquiere su uso completo por tanteos y por selección. De los sonidos articulados pasa así á los articulados.—La varie-

dad de entonaciones que adquiere indica en él una delicadeza de impresión y de expresión superiores. Por esta delicadeza es capaz de ideas generales.—Nosotros no hacemos más que ayudarle á fijar esas ideas sugiriéndole nuestras palabras.—Une á ellas ideas con las cuales no contamos y generaliza espontáneamente fuera y más allá de nuestros moldes.—A veces inventa no sólo el sentido de la palabra, sino hasta la palabra misma.—Pueden sucederse en su espíritu varios vocabularios por la obliteración de antiguas palabras que otras nuevas remplazan.—Varias significaciones pueden sucederse alrededor de la misma palabra que permanece fija.—Varias de las palabras inventadas por él son gestos vocales naturales.—En suma, aprende la lengua hecha, como un verdadero músico aprende el contrapunto, como un verdadero poeta aprende la prosodia; es un génio original que se adapta á una forma construída pieza por pieza, por una sucesión de génios originales; si esta forma le faltase, la volvería á encontrar poco á poco ó descubriría otra equivalente.

...La observación ha sido interrumpida á consecuencia de las calamidades del año 1870.—Sin embargo, las notas que siguen pueden servir para hacer notar el estado mental de un niño. Desde muchos puntos de vista es el de los pueblos primitivos en el período poético y mitológico.—Un chorro de agua que ha visto durante tres meses frente á su ventana le producía diariamente un transporte de alegría siempre nuevo; lo mismo le ocurría con el río debajo de un puente; era visible que el agua brillante y corriente le parecía de una belleza extraordinaria: «!Agua, agua!» Sus

exclamaciones no acababan. (Veinte meses).— Un poco más tarde (dos años y medio) le ha sorprendido extraordinariamente la vista de la luna. Todas las noches quería verla; cuando la descubría á través de los cristales todo eran gritos de alegría; cuando andaba, le parecía que la luna andaba también, y para ella este descubrimiento era encantador. Como la luna se veía, según las horas, por diferentes sitios, ya por delante de la casa, ya por detrás, gritaba: «¡Una luna más, otra luna!»—Una noche (tres años), como preguntase por la luna, se le dijo que se había ido á acostar y repuso enseguida: «¿Pues dónde está la niñera de la luna?» Todo esto se parece bastante á las emociones y á las conjeturas de los pueblos niños, á su admiración viva y profunda frente á las grandes cosas naturales, al poder que ejercen sobre ellos la analogía, el lenguaje y la metáfora para conducirlos á los mitos solares ó lunares. Admitid que un estado semejante de espíritu sea universal en una época y enseguida se adivinan los cultos, las leyendas que se formarán. Son los de los Vedas, del Edda y hasta de Homero.

Si se le habla de un objeto un poco alejado, pero que puede representarse claramente, porque lo ha visto ú otros parecidos, su primera pregunta es siempre: «¿Qué dice? ¿Qué dice el conejo? ¿Qué dice el pájaro? ¿Qué dice el caballo? ¿Qué dice el árbol grande?» Animal ó árbol, le trata enseguida como á una persona; quiere saber su pensamiento, su palabra; para ella eso es lo esencial; por una inducción espontánea lo imagina conforme á sí y conforme á nosotros; la humaniza.—Se encuentra esta disposición en los pueblos primitivos; en el Edda, sobre todo en el Mabino-

gion, los animales tienen también palabra; un águila, un ciervo, un salmón son sabios viejos y experimentados que se acuerdan de los sucesos antiguos é instruyen al hombre (1).

Son precisos á un niño mucho tiempo y muchos pasos para llegar á ideas que nos parecen sencillas. Cuando sus muñecas tenían la cabeza rota se le decía que estaban muertas. Un día su abuela le dijo: «Soy vieja; no estaré siempre contigo, me moriré.—¿Entonces tendrás la cabeza rota?»—Ha repetido esta idea en varias ocasiones; todavía ahora (tres años y un mes), para ella, estar muerto, es tener la cabeza rota.—Antes de ayer, una urraca muerta por el jardinero ha sido colgada por la pata á la punta de un palo, á guisa de espantajo; se le ha dicho que la urraca estaba muerta; ha querido verla: «¿Qué hace la urraca?—No hace nada, no se mueve, está muerta.—¡Ah!»—Por primera vez la idea de la inmovilidad final acaba de entrar en su cabeza. Suponed que un pueblo se detiene en esta idea y no define la muerte de otro modo. El *más allá* para él será el *Scheol* de los hebreos, el sitio donde viven una vida vaga ó casi extinguida los muertos inmóviles.—*Ayer* significa para ella *en el tiempo pasado*; y *mañana*, *en el porvenir*; ninguna de estas dos palabras designa en su espíritu un día preciso con relación al de hoy, el precedente ó el siguiente.—He aquí un ejemplo más de un sentido demasiado amplio que habrá que restringir.—No hay casi ninguna palabra de las empleadas por el niño cuyo sentido no deba sufrir esta ope-

(1) De un modo semejante dice: «Mi coche no quiere andar; es malo (*méchante*).»

ración. Como los pueblos primitivos, se inclina á las ideas generales y vastas; los lingüistas nos dicen que tal es el carácter de las raíces, y por tanto, de las primeras concepciones tales como se las encuentra en los más antiguos documentos, especialmente en el Rig-Veda.

En general, el niño presenta en estado pasajero caracteres mentales que se encuentran en estado fijo en civilizaciones primitivas, próximamente como el embrión humano presenta en estado pasajero caracteres físicos que se encuentran en estado fijo en las clases inferiores de animales.

II. Las observaciones precedentes han sido repetidas y confirmadas en otro niño (varón). Notaré principalmente los desarrollos y las variantes que presenta este segundo ejemplo.

...Los primeros objetos que el niño ha reconocido son mi cara, juntamente con el sonido de mi voz, y casi al mismo tiempo la de la doncella de servicio. Se ponía atento al verlos, respiraba más deprisa, hacía una especie de zumbido con los labios y, hácia el tercer mes, sonreía.—Después ha reconocido las demás caras, la de su madre, de su abuela, de su hermana menor.—Hácia la misma época, se veía su atención fijarse en el respaldo de un sillón de un color vivo muy acusado, en una cortina, en la luz que entraba por la ventana, en la de una lámpara. Pero la primera cosa inanimada que se le ha visto reconocer claramente, ha sido la puerta de la habitación que da á la escalera. Desde muy temprano se le había paseado al aire libre; en los primeros tiempos, en cuanto estaba fuera se dormía; después

ha dormido menos y ha mirado. Probablemente el aire libre y el kaleidoscopio movable de la calle le han gustado; porque hacia el cuarto mes se ponía llorón y fastidioso cuando el mal tiempo le impedía salir. En el quinto mes, el mismo mal humor; pero entonces, así que llegaba, en brazos de la niñera, á la antecámara y veía la puerta, se callaba y se ponía otra vez contento.—He aquí la primera asociación clara que hemos observado en él; porque no entiendo por tales las que son casi innatas y que se establecen inmediatamente, por ejemplo, entre la gana de mamar y el contacto del pecho presentado por la nodriza.

En cuanto á los movimientos aprendidos, los progresos se han hecho en el orden siguiente: 1.º Volver los ojos á voluntad en tal ó cual sentido. 2.º Volverlos hacia el lado de donde viene la voz (cuatro meses). 3.º Gobernar los movimientos del cuello y de la cabeza, y volver uno y otra á la vez que los ojos, del lado de donde viene la voz (quinto y sexto mes). 4.º Servirse de las manos, comenzar á palpar, notar las sensaciones táctiles diferentes, especialmente la sensación nueva de una de las manos pasada por casualidad sobre la otra. En el cuarto mes es cuando hace esta observación: durante un cuarto de hora tocaba sus manos una con otra, cuando se las hubimos puesto en contacto, y continuaba así con un aire tan admirado como ocupado. Ahora (sexto y sétimo mes) se complace en intentar muchos contactos, especialmente el de un periódico extendido que golpea y arruga. 5.º Alcanzar los objetos que vé. En el sexto mes, no sabe aún más que lanzar los dos brazos violentamente y al azar muchas veces, hasta que por último alcanza el

objeto ó más bien, tropieza con él. En el sétimo mes comienza á pasar de este procedimiento primitivo, á dirigir un poco las manos según la mirada, á levantarlas gradualmente hacia el objeto, á cojer, después de algunos tanteos una flor, un chupador, una cucharilla: entonces los mira largo rato, con atención, como para estudiar su peso, su forma, su consistencia y las diversas apariencias ópticas que presentan á medida que se mueven en su mano vacilante.

Los mismos progresos graduales y espontáneos para los movimientos vocales. Además, como en el caso precedente, el desarrollo de la articulación ha manifestado la delicadeza innata de la organización mental y moral.—Durante las seis primeras semanas, los sonidos que ha proferido no eran más que gritos, y muy sencillos, gritos de dolor, de malestar, de necesidad, análogos á los que lanzaba en el momento mismo de su nacimiento. En la sétima semana han comenzado los sonidos de distinto carácter y que yo me inclinaria á llamar sonidos in'electuales. En todo caso, anunciaban el primer despertar de la inteligencia: no eran ya agudos, prolongados, monótonos; eran, por decirlo así, sonidos de una lengua nueva; esta lengua, muy diferente del grito primitivo, no traducía solo el dolor bruto, el simple malestar, aunque rudimentario y limitado, manifestaba medias tintas de sentimiento, estados varios y complicados del espíritu, y sobre todo, del alma. Los principales sonidos que la componían eran vocales, más ó menos acompañadas de gorjeos de la garganta: *Ah, ah*, después guturales: *Gue-e-e, gre-e, gle-e*, al principio muy embrolladas, después cada vez más claras. A la edad de cinco

meses, le llamábamos *Gre*, tanta era su costumbre de proferir este sonido, y, hasta los cinco meses, casi todos los sonidos que emitía oscilaban entre *ah* y *gue, gre*. A partir de la sétima semana fué claro para mí que estos sonidos expresaban emociones inteligentes, admiración, curiosidad, espectación, y que eran análogos á las exclamaciones que una persona expansiva, un niño de tres años profiere involuntariamente en circunstancias parecidas. Ahora (sétimo mes) emite esta clase de sonidos (siempre con *ah, gue, gre* como fondo de su vocabulario) durante un cuarto de hora seguido, con una asombrosa variedad de entonaciones. Esta lengua se ha hecho cada vez más flexible y hoy día traduce todos los altos, todos los bajos, todos los grados de las ideas y de las emociones que surgen en él. Desde hace un mes, ha añadido una nueva articulación fundamental: «*Ata, ada,*» y se distingue en sus diferentes maneras de pronunciarla gran cantidad de vehemencias y de impetuosidades muy curiosas.

...*Del sexto al duodécimo mes.*—Durante este periodo, ha pasado casi todo el tiempo haciendo experimentos de física, quiero decir, observaciones prolongadas y ensayos variados sobre los objetos exteriores.

Así, durante más de seis semanas (fin del sétimo y octavo mes) sentado sobre un tapiz entre almohadones, teniendo para entretenerse una cucharilla de café, no se cansaba de mirarla, de palparla, de hacer experimentos con ella, siempre con la misma atención y con el mismo placer. Muchas veces al día y cada vez media hora y hasta una entera, se le veía tocar la cuchara,

empuñarla por un extremo, por el otro, por el centro, levantarla en el aire para mirarla á diversas distancias y alturas, golpearla contra el suelo, probar sus distintas sonoridades, sus saltos, imprimir en su espíritu las diversas apariencias que tomaba según sus posiciones. No es dudoso para mí que, gracias á este trabajo, las innumerables sensaciones ópticas, acústicas, musculares, táctiles, que hacía nacer en él la cuchara, se aglutinaban y se organizaban en su memoria en un solo todo.

Después de la cuchara, le tocó el turno á un servilletero; hoy (mes décimo tercero), todavía le interesa, sobre todo cuando se le hace girar sobre su eje, lo cual produce una especie de niebla esférica. Experimenta siempre un vivo placer en hacerle rodar, en comunicarle esa serie continua de apariencias cambiantes que se llama movimiento.

Desde muy pronto, el conocimiento incompleto ha tendido á completarse. Cuando había adquirido acerca de un objeto un orden de datos, experimentaba la necesidad de adquirir otro orden de ellos sobre el mismo objeto. Por ejemplo (noveno mes), desde las diez ú once semanas, sentado sobre su tapiz, veía á dos pasos la gran mesa de comer; pero no sabiendo aún arrastrarse, no había podido tocarla, no tenía de ella más que una sensación visual, semejante á la que nosotros tenemos de la luna ó de las nubes. Si nos naciesen alas, trataríamos enseguida de ir allá arriba á tocar los cuerpos aéreos ó celestes. De un modo semejante, en cuanto pudo moverse, se puso á arrastrarse hacia la mesa y llegado que hubo junto á sus pies negros, durante tres ó cuatro días se

ha pasado una hora diaria tocándolos, juntando la idea táctil con la idea visual. Así el camino está ya trazado; una familia de sensaciones conduce á otra.—La misma operación en el jardín con las flores y ramas de arbustos que había visto hacia tiempo, pero no tocado. En cuanto pudo dirigir las manos, se le levantaba á la altura del arbusto y lo tocaba, agarraba las flores y las ramas, con una atención y un interés muy visibles. Evidentemente, llenaba los huecos de su conocimiento.

Hoy día (décimo tercero mes), no entiende ni repite todavía más que dos palabras: 1.º, *Coucou* (ocultarse). Se tapa uno la cara con las manos diciéndole esta palabra y él se ríe; entonces muchas veces él la repite, tapándose también la cara con el pecho de la persona que le tiene, ó volviendo la cabeza y cerrando los ojos.—2.º, *Avoua* (*au revoir*, hasta la vista); se le dice esta palabra y la repite cuando se le vuelve á llevar al cuarto de los niños, y se cierra la puerta; entonces deja de vernos y probablemente esta palabra significa para él desaparición de alguien, desaparición de ciertas caras que él conoce.—Ninguna palabra más; no comprende las palabras *papa*, *mama*, aunque las dice á veces como pura charla. Todavía no ha pasado ni aun alcanzado, los límites de la inteligencia animal.

...*Del duodécimo al vigésimo mes.*—El niño ha sido tardío, ó cuando menos, más tardío que su hermana. Del décimo tercero al décimo sétimo mes no ha aprendido más que nombres individuales y aun estos lentamente: *poupoute* (sopa), *cola* (chocolate), *caté* (café), pero no encuentro que haya generalizado con estas palabras á la par y

más allá del sentido ordinario. *Am* (comer, tengo hambre); ha encontrado y pronunciado espontáneamente esta palabra, como había hecho su hermana; pero como habíamos aprendido á comprenderla, la hemos empleado inmediatamente con él; he aquí un segundo caso del mismo gesto vocal. Las otras palabras son *Nien-Nien* (Geneveva) y *Toto* (sobrenombre de su hermana) *Néné* (Annette), *maman*, *papa*. Dice *maman* de su madre y de su abuela, *papa* de su padre y de su abuelo; durante algún tiempo ha dicho también esta palabra á propósito del tercer hombre de la casa, pero nunca refiriéndose á otros hombres que veía accidentalmente y por algunos días. Hasta el décimo sétimo mes nada de palabras generales ó comprendidas como tales.—No han aparecido más que del décimo sétimo al vigésimo mes. Siempre han designado al principio un objeto individual y en este objeto un carácter general: *Loulou* (nombre del perro, el niño lo ha aplicado muy pronto á otros perros), *Minet* (aplicado enseguida á varios gatos), *tulture* (*voiture*, coche, aplicado á sus varios cochecitos), *dada* (aplicado á todos los caballos que pasan por la carretera), *cocotte* (aplicado por igual á los pájaros y á las mariposas), *Veau*, *l'eau* (aplicado por igual al lago y á los arroyos), *fleurs* (flores, bastante tardíamente y con cierta dificultad, cierto trabajo para reconocer alguna semejanza entre colores y formas tan diferentes). Entre estas adquisiciones, sólo dos son dignas de ser notadas.

1.º *Bête* (animal, bicho).—Es una de sus primeras generalizaciones fáciles, prontas y claras. Se le ha hecho que mire ó toque moscas, hormigas, escarabajos que andaban delante de él por

la arena. Los miraba con mucho placer, después los perdía de vista, los buscaba, los descubría y gritaba: *Bête!* Con este nombre designaba al principio las cosas pequeñas en movimiento; pues, por sí solo, daba ese nombre á las peoncitas formadas con un botón y una cerilla, que se hacía girar delante de él. Ahora ya no las llama así; en cambio da ese nombre á las moscas muertas, á los insectos inmóviles. La idea general se ha restringido y llenado de otro modo; en el grupo de caracteres que la constituyen, una particularidad, la de ser en movimiento, se ha obliterado; quizá el niño ha distinguido el movimiento verdaderamente espontáneo del animal y el simplemente comunicado de la peonza. En todo caso, lo que ahora constituye un *bicho* para él es una forma más delicada y más complicada que la de la peonza, á saber, la forma común á los insectos, un cuerpo con varios artículos y pares de apéndices, ya inmóvil, ya en movimiento por sí sólo y sin impulso exterior.

2.º *Bédames* (*belles dames*, mujeres hermosas).—Primeramente se le han enseñado, pronunciando ese nombre, las tres Gracias en bronce de Germain Pilon, de un codo de altura, encima de la chimenea, y ha acabado por pronunciar el nombre, por repetirlo él sólo, volviendo los ojos hacia ellas.—Después, por sí sólo, lo ha aplicado á diversas figuras humanas pintadas ó dibujadas en los libros infantiles ó en cuadros.—Uno de estos días ha descubierto en el puño de un bastoncito, una cabeza de niño en cobre, del tamaño de la yema de un dedo, y lo ha traído triunfalmente gritando: *Bédames!*—Al día siguiente, viendo su silueta y la de su abuela muy claramente dibuja-